

cas un trapo e intempestivamente giras y resbalas Amador, te habías olvidado de Lima la húmeda, tus pies se elevan, tu cintura golpea la barandilla y tu muerte es inminente como tu soledad aunque notas lo poco que te importa sobrevivir en este mundo donde amaste y fuiste amado porque ¿a qué volviste Amador? hasta la laguna, las florecillas y el rumor del mar tampoco han sobrevivido, ahora tus manos nerviosas de terror intentan coger el aire en vano, la gravedad hace lo suyo y Barranco—es—el—fin—del—mundo Amador ¿te acuerdas?, danza y silba el viento, te inmovilizas, te resignas, habías vuelto a morir, y el parque con su lagunita llena de barcos de papel y tus besos con Zoila pegadas a ese álbum viejo y la foto en los diarios de mañana por la mañana Amador contigo arrojado en la vereda mientras los vecinos espantados y palidecidos aguaitan por las ventanas del edificio la recreación perfecta del cuadro de tu muerte, de la muerte del cuadro, de tu muerte en el cuadro.

## LA VIDA DEL ÁNGEL

Rodolfo Alejandro

De la Riva Cachay

Hoy desperté arrecho, con las alas pegadas al brazo y un sudor caliente goteando desde la almohada. No recuerdo bien qué sucedió, pero algo en la habitación me forzaba a sospechar que tuvo que ver con *Ella*. La mirada perdida y oscura que tenía al quitarse la túnica o el roce de sus pechos puntiagudos con mi barbilla, eran solo algunas de las imágenes que perforaban mi cabeza al despertar. Su aroma estaba impregnada en las costuras de las sábanas, olor a sexo placentero, a repulsión, a manchas de sangre y semen. Todo mi plumaje inundaba el pequeño cuarto del hostel. Yo estaba descalzo, mojado también, con algo de jaqueca, seguramente, por la insoportable sensación de abismo en mi garganta.

Tendí apresurado la cama y acumulé todas las plumas debajo de la alfombra. El quebraje de mis alas por el doblez que se hizo al dormir, lo arreglé con una cinta de cortina y un nudo marinero. Para terminar, aspiré el último recuerdo de la noche anterior (o al menos lo que intuía que era un recuerdo). El ambiente volvía más sofocante la resaca. Tuve la leve sensación de que ese lugar cargado de impureza era el causante de mis lagunas, así que busqué con la mirada mi túnica hasta tantear un bulto arrugado y sucio junto al cúmulo de plumas debajo de la cama. No pensé en recogerla siquiera, no me veía vistiendo ese harapo. Así que salté desnudo por la ventana zigzagueante y sin frío.

Un tenue aguacero empezó a caer mientras me dirigía al amasijo de nubes que observaban la ciudad desde lo alto, por unos minutos deja de oler a cebolla, a semen, a repulsión y hasta las manchas de sangre se limpian en mi cuerpo desnudo. Me alejé del hostel

volando a media altura, dando vueltas entre los edificios. Los recuerdos aún se deforman por la jaqueca, *Ella* misma se distorsiona en mi cabeza. La imagino, y se enciende algo. Crecen evocaciones prohibidas dentro de mí, ¿dónde estará? La imagino volando desnuda, con su pedacito de pelvis frisado por el aire cortante pidiéndome que voláramos a hacer el amor después del mediodía. La arrechura me hace volar más torpe de lo normal. De pronto, una cautiva sensación de pecado me dibuja una sonrisa inquieta en el rostro.

Debo admitir que se tiene que recorrer un largo (y aburrido) tramo para llegar al firmamento. Esa mañana volaba sin intención de hacerlo. Como si solamente quisiera quedar estático, sin avanzar ni retroceder. La lluvia recorría mi cuerpo, acariciando mi pelo sudoso y limpiando mis uñas. Se sentían con ese aguacero las caricias que Dios me hacía llegar. Había incluso gotas tibias que al filtrarse por mis alas, sin quererlo, la aliviaban de su doblez. Así me hallaba, en pocos minutos, entre el suelo y el cielo con el cuerpo totalmente bañado, aunque con unas ganas tremendas de saciar mi impulso sexual.

Esa sensación fue la que cuestionó cosas tan básicas de mi origen, mi existencia, mi porvenir. ¿Resultaba que sería la pura y eterna mascota de Dios?, ¿Y acaso para eso era importantísimo ser asexuado? Yo no sentía que eso fuese bueno para mí. Empecé a imaginar qué habría pensado él cuando me creó. A quién se le ocurría criar seres partidos por la mitad, un limbo entre el humano y la divinidad, lo imperfecto y lo perfecto. Lo hizo con toda la intención del mundo, concluyo con torpe rapidez. Fueron designios insolentes de un científico que envenena ratas por el bien de la ciencia, afirmo sorprendido. En ese momento una furia inmensurable me invadió por completo. La mejor

noche de mi vida (pues eso es lo que era) empezaba a hilvanarse, como reacción del creciente odio que sostenía.

Aquí fue cuando emergieron las verdades. Puedo asegurar que no dormí solo. Recobro las sensaciones que sentí en esa situación. Sí, quería poseerla, pero los dos éramos ángeles, casi igual que una pareja de ciegos castrados. Los besos chuecos, las mordeduras de ala y la sangre salpicada en las túnicas eran parte de la patética consumación de nuestros deseos carnales. Nuestros cuerpos asexuados respondían en lo que podían. Se pretendía la copulación, instintivamente supongo, de dos seres que no tenían nada que consumir. Y que, por mucho que se esfuercen, jamás lo tendrían.

Me posé rápidamente en la azotea de un edificio al azar. Estiré mi mano y la inserté con furia en mi entrepierna, estaba vacía de arrechura, fría, casi congelada. Apreté las uñas contra el pedazo de piel tersa y pulcra que tenía ahí. El aborrecimiento que me daba invadía mis manos con una violencia que me atraía a seguir apretando con más ahínco. Empecé a arañarme con desesperación lo que debería de ser mi sexo. Así seguí un par de veces hasta que se llegó a formar una pequeña daga que traspasaba mi piel. Inyecté los dedos sobre la sangre que se empezaba a derramar por encima de mis rodillas, hasta que caí al piso enardecido. Mis alas se recogían en un charquito que se formó por la lluvia (su doblez engrandecía). Comencé a retorcerme con las piernas estiradas y la piel de gallina. Raspé mi pecho contra el cemento. Esa tarde, bajo los goterones que bañaban la ciudad, maldije y lloré pero la lluvia ensordecedora eclipsó mis gritos.

Se iluminaban las muecas, los gemidos, las posiciones que habían sido ocultadas en mi cabeza desde el comienzo del día. Sentía como si dentro de mí, un puñado de desconocidos evidenciara una tortura de alguien que sabe que se la merece. Obviamente, *Ella* se fue mientras yo dormía. Seguramente frustrada o arrepentida. Me dije haciéndome una corta pausa. Además, Dios estaba furioso. Lo supe cuando el aguacero se volvió una cascada de lluvia con rayos y relámpagos sobre mí. Y, lo que es mucho peor, todavía me quedaba esa sensación arrecha que me impedía dejar de rascarme excitado, aunque ahora prosiga con algo de vergüenza.

Perdí la cuenta de la cantidad de alaridos que lancé antes de caer desmayado. No por el dolor de autoflagelarme, sino más bien por la tortuosa fila de rememoraciones que tuve sobre mi vida (la vida del ángel). En ese momento confirmaba que todo había sido un engaño. Mi existencia, lo que yo siempre había creído de mí, se resumía en los gritos de frustración que cubrían desamparados el silencio de la tarde. Estaba solo. Y no importaba si hubiese otro, porque entre los dos, igual estaría solo. Intentando abrigar ese vacío en mi garganta que me acompañaría hasta el fin de los días.

## **SOBRE-EDIFICACIONES**

**Luis Eduardo Gómez Dizama**

Nadie admira más a Renzo Llanos que mi familia. Nuestros actos han rendido el mayor tributo a su obra. Podrán calificarnos de orates, ridículos y exagerados, pero hemos actuado como hombres, pusimos humanidad donde no la había.

\*\*\*

No teníamos vicios, no sentíamos ningún placer por la arquitectura, nuestra atención no resistía tres segundos fija en una columna, en un pórtico o en un alero. Todo para nosotros era simple e intrascendente, sin profundidades ni símbolos. Hasta que nos encontramos con los titanes o ellos nos hallaron con el último esfuerzo de un dios olvidado.

La primera mañana de enero una extraña impresión nos sobrecogió delante del calendario. El pequeño fajo de hojas no hubiese tenido mayor importancia de no ser por las imágenes que lo acompañaban. Sorprendentes edificios en cuyos innumerables cuerpos se mostraban, en un orden casi geométrico, líneas curvas de naturaleza funcional y plena, silencios sosegantes, fronteras infranqueables y una tenue rebeldía hacia el espacio. "Los Gigantes de Renzo Llanos" titulaba la colección de doce edificios majestuosos. Pasamos semanas deteniéndonos delante de estas figuras con la curiosidad de un liliputiense, buscando un defecto, una debilidad; descubriendo qué era un triforio, una ábside, un transepto.

Pronto les tomamos un especial aprecio, como si fueran una hueste de atlas sosteniendo un mundo de cuatro paredes los contemplábamos maravillados. Hermosos colosos que contenían el orbe en sus cuerpos, cansados ya de solo sostenerlo. Esta imagen se repe-